

APRENDER A PENSAR

Jorge Yarce

Los clásicos hablaban de tres formas de pensar: especulación o teoría (theoría en griego significa “contemplación”), en cuanto el pensamiento se dirige a captar las cosas como son y a expresarlas en conceptos; práctica (*praxis*) o pensamiento dirigido a la acción, convertido en obrar humano: saber hacer, diríamos hoy; y producción (poiésis) que lleva a transformar la naturaleza y a obtener cosas que llamamos artificiales.

Hoy en día se habla más bien de pensamiento racional y de pensamiento lateral, divergente o emocional. El primero es el común y corriente de que siempre hemos hablado, el segundo es el que se desvía de la lógica y expresa todo lo que escapa a lo racional, sin que deje de ser una forma de la inteligencia que tiene que ver con las funciones cerebrales y con el ser espiritual de la persona.

Como dice Edgard de Bono, experto en el tema, no se trata de quedarse en el pensamiento como una tarea que inevitablemente ejercemos todos en alguna medida, así como caminamos o respiramos, a un nivel dependiente de la dotación recibida por cada uno. Hay que pensar más bien en mejorar ese pensamiento, como hacemos cuando utilizamos la técnica para aprender mejor un deporte y jugarlo más eficazmente.

Pensar no es saberse unos contenidos después de oírlos o de leerlos en un libro. Pensar es reflexionar, analizar, entender, comprender, discernir, criticar, informarse, comparar, contrastar, aplicar la lógica al razonamiento, idear, interpretar, crear, plantearse interrogantes y resolverlos, sintetizar, esquematizar, jugar, argumentar, etc. Y muchas cosas más.

Pensar (racionalmente) es *“ejercitar el entendimiento para alcanzar o comprender una cosa”*, dice el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española. A pesar de la abundancia de conocimientos que

rodean a la persona hoy, estamos seguros que en el futuro no se van a necesitar tantos especialistas como gente que sepa pensar, sino gente muy bien formada como personas, con criterio para juzgar el alud permanente de conocimientos nuevos, y ver cuáles entre esas cosas le sirven para aprender y para saber trabajar. Pensar es un ejercicio constante de la inteligencia, de muy diversas maneras, como el instrumento por excelencia con que cuenta la persona para conocer, para saber, para crear nuevas realidades. Sin excluir su relación con el pensamiento divergente o emocional.

UNA OCUPACIÓN MÍNIMA

El pensamiento requiere un proceso de incorporación vital, a través del cual el saber adquirido se integra a la vida, se hace propio, se convierte en hábito. Así se enriquecen la experiencia y la capacidad creadora, siempre que exista un esfuerzo constante y un ejercicio de la inteligencia, unido a la vivencia de que lo adquirido es como un fondo que se multiplica a medida que pasa el tiempo.

No basta sólo poseer conocimientos. Parece que nuestro conocimiento sólo alcanza a ocupar un cinco por ciento de la capacidad del cerebro. O sea, hay muchísimas posibilidades para el desarrollo del conocimiento y de lo que va más allá del conocimiento.

Es muy importante si se adquieren, pero el conocimiento solo no basta. Hay que integrarlo en todos los niveles de la vida personal (emocional, sensitiva, etc.). E igualmente hay que saber gestionarlo, lograrlo en la forma más efectiva y aplicarlo de modo que produzca resultados en términos de acción fecunda, de trabajo productivo. No es asunto de saber leer, de técnicas de pensamiento o de inteligencia abstracta. La habilidad es la forma de hacer operativo y práctico un determinado conocimiento.

En este sentido es muy importante todo lo relacionado con la llamada “inteligencia emocional” (Goleman), que junto a la “mente racional” juega un papel decisivo en la persona. Hasta ahora se ha tendido a menospreciarla, pero cada vez se descubre mejor su compenetración con las clásicas formas de entender el pensamiento. En cierta medida es un pensar que va por delante del racional o que se le adelanta muchas veces porque están implicados los sentimientos. Se presenta inesperadamente, pues no somos capaces de elegir las emociones, sino que éstas se producen. Digamos que se perciben las cosas de otra manera. De Bono afirma, incluso, que todo pensamiento es emocional porque la decisión, la elección y la acción están determinadas por emociones, sentimientos y valores. De esta manera, pensar no es sólo racionalizar o intelectualizar.

Goleman habla de una lógica emocional que es asociativa, que también simboliza la realidad, que permite percibir las cosas y que da lugar a convicciones “emocionales”. Todo ello en una interacción permanente entre mente racional y emocional, en la cual la voluntad juega también un papel moderador, pues mantiene la emoción bajo el control de la razón. La mente emocional es capaz de poner en marcha la mente racional.

UN DESAFÍO PERMANENTE

Este pensamiento tiene que ser eficaz, objetivo, cotidiano, no un pensamiento aislado de la realidad o contrario a ella. Busca comprenderla, expresarla, tomarla como base para construir la acción y la experiencia. Un pensamiento vinculado a los sentimientos pero distinto de ellos que, mediante la razón, se adaptan a la realidad y no al revés, jerarquizados debidamente, de modo que no se imponga el estado de ánimo sino que la persona actúe siempre en dirección a su fin. Aprender a pensar es afrontar la complejidad de esa realidad y desmenuzarla. Aclarar estructuras, como propone Peter Senge, en una perspectiva de integrar razón e intuición, visión intensificadora de la conexión con el mundo real y el compromiso con la totalidad. Hay cosas que no se explican según la lógica lineal sino por una especie de sinergia, de complementariedad entre razón e intuición.

El desafío del aprendizaje consiste precisamente en expandir la conciencia y la comprensión, en captar la interdependencia entre los actos y la realidad, la conexión con el mundo exterior, el compromiso con la verdad y con una visión trascendente de la vida. Inseparable del aprender a pensar está el aprender a hablar, entendiendo el lenguaje como vehículo del pensamiento, de la comunicación y el diálogo, que se dan en forma prácticamente simultánea en la persona.

El pensar no se detiene, es un proceso permanente de formación de hábitos intelectuales, como la abstracción, el juicio, el razonamiento, la ciencia, la sabiduría. Se puede hablar de pensamiento teórico y de pensamiento práctico, en la medida en que el pensar permanece dentro de sí, sin estar vinculado a una necesidad práctica, o en la medida en que se vincula a la acción, se torna operativo, encadenante de acciones.

Se aprende a pensar si se comprenden el qué, el por qué, el cómo, el para qué. Si se sabe enfrentar problemas, definirlos y expresarlos bien, buscar las soluciones y comprobar su validez, dar razones, emitir juicios coherentes, relacionar unas ideas con otras, clarificarlas, ver causas y efectos, deducir o inferir correctamente, preguntar, distinguir bien entre verdad, opinión, duda, falsedad, error, certeza. El pensar tiene que ser coherente con el ser, tiene que llevar a que la persona sea, crezca en su propio ser. Si no hay armonía vital entre lo que se piensa y lo que se es, hay un desajuste vital, se está abriendo el camino al fracaso.

A veces el camino para el ajuste vital de nuestro pensamiento o para el impulso inicial es el corazón: *“Cuando frente a ti se abran muchos caminos y no sepas cuál tomar, no elijas uno al azar, siéntate y espera. Respira con la profundidad confiada con que respiraste el día que viniste al mundo; sin dejarte distraer por nada, espera y vuelve a esperar. Quédate quieta, en silencio, y escucha tu corazón. Cuando te hable, levántate y marcha hacia dónde él te lleve”* (S. Tamaro). No es una invocación a la irracionalidad, es mantener un equilibrio entre la voluntad que impulsa al entendimiento y el entendimiento que le da razones a la voluntad para obrar.